

EL CONFLICTO ARABE-ISRAELI, SIN SOLUCION ACEPTABLE

Tendrían que pasar muchos años y ocurrir un cambio muy grande de mentalidad, lo mismo en árabes que israelíes—no sólo en los árabes, como el común de la gente se siente inclinada a creer—, para que el estado tan artificiosamente creado por el sionismo internacional subsistiera sin oposición por parte de sus rivales. No habría más que una solución: Que los israelitas se hicieran aceptar por los cien millones de vecinos que se extienden tras sus fronteras a lo largo y a lo ancho de seis millones de kilómetros cuadrados, en su mayoría desierto y por tanto imposible de conquistar y ocupar. Y esto, por muy conciliadora que sea la actitud de Burguiba—declarada, y quizá la de algún otro disimulada—, cada vez se ve más lejos. Aparte de que la situación de Oriente Medio en el conjunto de la superficie terrestre y sus riquezas, hacen a la región campo de guerra fría permanente entre los grandes poderes geopolíticos que se disputan la dirección del mundo. En mi artículo último en esta REVISTA¹ me refiero a las regiones del globo que tienen un fragmentarismo político, derivado de sus condiciones de marcas fronterizas entre esos grandes poderes. El apoyo a ultranza de éstos a algunos de sus peones fundamentales, como es el que los Estados Unidos proporcionan a Israel, dificultan hasta un grado casi imposible la posibilidad de un arreglo estable y duradero del conflicto. Para ello haría falta, en primer lugar, que llegaran esos grandes poderes a un acuerdo y además que este acuerdo satisficiera las aspiraciones de las dos partes en tan aguda oposición. Para Israel estas aspiraciones están en función directa nada menos que de su supervivencia, a su vez, esta supervivencia lo está en función de la fortaleza que adquiera en el correr de los tiempos y por último su fortaleza dependerá del espacio que pueda adquirir

¹ F. FRADE: *La situación geopolítica del mundo en los últimos veinticinco años*, en el núm. 100 de esta REVISTA, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, diciembre de 1968.

y de la población que consiga establecer en él. Por ello, lo conseguido con tan gran esfuerzo y sacrificio es difícil lo ceda, salvo que tuviera garantías de una supervivencia estable y relativamente sana. Creo que no habrá ninguna objeción que poner a este razonamiento.

Para los países árabes, y en éstos más en lo que respecta a sus masas que a sus gobiernos, la implicación emocional en que están envueltos es tan grande que difícilmente se contentarán con otra cosa que no sea arrojar a los que han usurpado sus tierras y casas en Palestina. Justifican la propiedad de este país por su permanencia en el mismo durante generaciones, antes de que a él arribaran los judíos, conducidos por Moisés y Josué y después de que marcharon de él dispersándose por el mundo. Si aceptan un arreglo, tal como están las cosas en todos estos tiempos, será como paso para, en una etapa posterior que vean favorable, conseguir su objetivo supremo. Únicamente en el caso de que a lo largo de los plazos que se vayan sucediendo cambiase la mentalidad de las generaciones árabes que también se sucedan —cambiando también, repito, la de los judíos y su acción—podrían hacerse éstos su hueco en la región. Esto, como digo, es muy difícil, pues aunque un gobernante se aviniera a negociar directamente, aun siendo de la talla excepcional de un Nasser, pongo por ejemplo, se expondría a ser arrastrado por las calles por sus gobernados o, por lo menos, derribado por la acción de los grupos que movieran a aquéllas. No hablemos de los que no posean su prestigio o no posean excepcionales medios de seguridad.

Considerando el problema en su dimensión histórica podemos sintetizar las siguientes fases, ampliamente expuestas por la propaganda árabe, pero apenas escuchadas de casi todo el mundo occidental: Una primera de acción sutil judía, en los primeros momentos del sionismo, en que al mismo tiempo que se despierta y exalta este sentimiento con la imagen siempre viva de la tierra prometida, se la recubre a los ojos extraños bajo el disfraz de hogar, procurando evitar a todo trance palabras como nación o estado. En esta fase se crean también las bases mínimas que preparen la entrada de masas de emigrantes, comprando tierras a los confiados y egoístas árabes poseedores de ellas que, si eran buenas, no solían cultivarlas, sino vivir en las capitales, y si eran arenales casi imposibles de cultivar, no tenían a otro dueño que al gobierno de Estambul o a un pachá que lo representara. Todo el inmenso capital judío del mundo se va a dedicar a este fin y gente que vive en los *ghettos* de Europa, principalmente de las regiones pertenecientes al imperio zarista, van a ocuparlas iniciando una labor verdaderamente increíble. En los arenales van

a crear granjas que serán motivo de admiración, pero esto no quita el fin lejano a que aspira el sionismo, que va a ser expulsar a unos pobres y confiados ignorantes y a otros ciegos egoístas que no ven el porvenir. Otra parte de la acción en esta primera fase está dirigida hacia los gobiernos y grupos de opinión influyentes en las naciones más poderosas del mundo, donde ya tienen gran poder a través de su capital y sus medios de expresión, explotándose asimismo las oportunidades que puedan surgir de sus rivalidades y diferencias. Se ve la próxima guerra, que quizá se prepara por esos grupos capitalistas para obtener buenos dividendos de los préstamos que se haga a los gobiernos para armarse y de las fuentes de materias primas de las futuras inmensas regiones que se colonicen por los victoriosos. Son los tiempos de Teodoro Herzl y el barón de Rotschild con sus libros y acciones tan difundidos y en tantos sitios comentadas ².

Cuando ya se ve la victoria de los aliados en la Primera Guerra Mundial aparece la Declaración Balfour, tan difundida en toda clase de escritos y recientemente citada en las páginas de esta REVISTA ³, documento que va a servir de base para la acción israelita en la segunda fase. Esta segunda fase comienza al hacerse cargo Gran Bretaña del mandato de Palestina en el reparto de influencias que con Francia obtuvo en tan vital región. En ella se intensifica al máximo la entrada de nuevos inmigrantes en el país todos con sus tierras dentro de los *kibutzim* ya creados y otros nuevos. La forma sutil, de casi infiltración, que revistió la inmigración en la época anterior al mandato, con compra de tierras yermas o malsanas, es sustituida por una acción colonizadora intensiva y abierta en la que también intervienen todas las comunidades judías mundiales. Posteriormente los árabes se han lamentado amargamente de este hecho, junto a las otras lamentaciones derivadas del olvido en que se tuvieron los acuerdos Hussein-Mac Mahon, que llevaron a los árabes a prestar su ayuda a los aliados frente a los turcos, de los que esperaban aquéllos los liberaran. Nasser, en su comentado libro *Filosofía de la Revolución* ⁴ expresa esta lamentación:

² Sobre este asunto puede verse mi artículo titulado *Israel*, publicado en la "Revista Ejército" (núm. 343, agosto de 1968), formando parte de una serie titulada *La guerra permanente de Oriente Medio*.

³ Jaime MENÉNDEZ: *Israel, ¿ganará también la paz?*, en el núm. 92 (julio-agosto) de esta REVISTA, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967.

⁴ Gamal ABDEL NASSER: *Filosofía de la Revolución*, Embajada de la R. A. U., 5.ª edición, Madrid, 1966.

«No hay duda alguna de que si Palestina no hubiera caído bajo el mandato británico, jamás el sionismo hubiese encontrado el apoyo que necesitaba para convertir en realidad su proyecto de Hogar Nacional que no hubiera pasado de ser un sueño irrealizable y fantástico llamado a no convertirse jamás en un hecho real y tangible».

En el mandato concedido a Gran Bretaña por la Sociedad de Naciones se encargó expresamente a esta potencia pusiera a Palestina en las condiciones apropiadas para establecer en su territorio el Hogar Nacional Judío prometido en la Declaración Balfour, y sentara sus bases políticas y económicas. Para ello debería estimular la inmigración judía asegurando el establecimiento de los inmigrantes en el suelo palestino y debía crear una Agencia—la llamada Agencia Judía—, con la finalidad de asesorar a la Administración de Palestina y cooperar con ella en todos los asuntos relacionados con la existencia de dicho Hogar. En un principio esta Agencia fue la Organización Sionista Mundial, de la que era presidente el famoso Chaim Weitzman, hasta que en 1929, por la labor de este personaje cerca de todas las comunidades judías del mundo, se creó la Agencia Judía para Palestina, con residencia en el propio país, la cual fue reconocida por los ingleses como organismo consultivo. La Organización sionista, ya antes de crearse la Agencia citada, cuando aún en Palestina había una población judía mínima, que no superaba el 6 por 100 de la población total del país, creó una organización jurídica independiente para entender de los asuntos relativos a los judíos y otra militar, que incluía las futuras organizaciones que iban a llevar el terrorismo a la región, en la que se instruirían todos los judíos aptos para empuñar las armas. Parte de la dirección de la Agencia residía en Londres, en constante relación con el gobierno británico en las cuestiones relativas a la creación del citado Hogar, de modo que junto al gobierno mandatario había un gobierno en embrión que tal era la Agencia Judía y junto al Gobierno metropolitano una fracción influyente destinada a presionar en lo que se refiriese a decisiones sobre Palestina.

La labor de la Agencia Judía en su camino hacia el estado judío de Israel fue fundamental durante el período del mandato y se vio después grandemente impulsada con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo con su resultado nuevamente victorioso para los aliados. Pero antes de llegar al momento de la creación del estado de Israel, demos algunos datos demostrativos de la labor realizada durante el mandato.

Se decía en la Declaración Balfour que nada se haría—en la labor de crear el Hogar Nacional—que pudiera causar perjuicio a los derechos civiles y reli-

giosos de las comunidades no judías. El perjuicio causado a la árabe ha sido tan grande que ha conseguido que todo el mundo se una en su repulsa a Israel, a pesar de la poderosa propaganda judía hasta en sus más remotos lugares. Por de pronto de una población judía aproximada en Palestina de 60.000 personas en 1917 se pasó a 500.000, en números redondos, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Esto a pesar de las promesas sucesivas de rebajar las cuotas anuales de inmigración como consecuencia de las revueltas árabes que se sucedieron. El estallido de esa guerra y las subsiguientes persecuciones en Alemania, tan diestramente exhibidas y propagadas, aunque no por eso menos lamentables—no hay que desestimar en esta cuestión, aunque no justifique los horrores, el hecho de que Alemania necesitaba defenderse de la acción del judaísmo internacional que apoyaba a sus enemigos—, dieron un gran impulso a las emigraciones hacia el nuevo Hogar Nacional y un gran impulso también a la acción de los grupos poderosamente armados y muy bien instruidos, conocidos con los nombres mundialmente famosos de Haganah (antecedente del futuro ejército, con su organización Palmach, cuerpo motorizado constituido por 6.000 hombres), Irgun Zwei Leumi (de guerrilleros) y Stern (terroristas). Llegó un momento en que Inglaterra, para guardar las apariencias ante los árabes y para salvaguardar también sus intereses en el canal, zona de Adén y concesiones petrolíferas, comenzó a obstaculizar la entrada ilegal de los judíos. Estos, entonces, se lanzaron a una acción terrorista dirigida contra ingleses y sobre todo árabes, para «inducir» a éstos a abandonar sus tierras y hacer sitio a los nuevos dueños que, en cantidad mucho mayor, iban a afluir al país. La acción terrorista iniciada por los judíos entonces es muy conocida y ha sido descrita en relatos diversos y hasta cantada en poemas que se han hecho famosos en todo el mundo árabe⁵. El episodio más famoso y en el que repetidamente hacen hincapié los árabes al referirse a este período, es el de Dar Iasin, poblado árabe en el que las organizaciones Irgun Zwei Leumi y Stern realizaron una tremenda matanza de hombres, mujeres y niños, injustificada desde otro punto de vista que no sea el de aterrorizar a los habitantes de otros poblados no dispuestos a dejar su sitio a los judíos, pues era un poblado que hasta aquel momento se había mostrado pacífico, no habiendo dado asilo a elementos activos en la lucha antisionista.

Esta campaña de intimidación dio por resultado el abandono de sus hoga-

⁵ Mahomed DARWISH: *Tres poemas de un poeta palestino*, Casa Hispano-Arabe, Madrid, 1968.

res por parte de 300.000 árabes⁶ y el cansancio—por lo menos esto es lo que alegaron—de los ingleses para mantener una paz interior aceptable y hacer llegar a un acuerdo a ambas comunidades. Por eso el Gobierno británico pidió al secretario de las Naciones Unidas llevara la cuestión de Palestina a la primera asamblea general que se celebrara, pues deseaba dar por terminado el mandato. Para los árabes, olvidados a la hora de la paz que siguió a la primera guerra mundial a pesar de haberse aprovechado su acción contra los turcos y obligados a aceptar contra su voluntad a unos elementos extraños en sus tierras, al final de la segunda, se acercaba otra hora amarga, pues iban a ser amputados de un trozo de su propio cuerpo. Esos elementos van a actuar de corrosivo, aparentemente en provecho de la gran potencia marítima que va a intentar llenar en parte el vacío que iban a dejar sus anteriores dominadores en la zona—Gran Bretaña y Francia—y de la que parece que van a ser un elemento incondicional para el dominio de la misma. En la realidad no ha sucedido así, pues la acción de ese corrosivo lo que en realidad ha favorecido ha sido la influencia de su gran rival continental, la U. R. S. S.

Los árabes, ante esa petición, reiteraron su demanda de que se declarara la terminación del mandato y la independencia de Palestina. Esto lo rechazó la O. N. U., y en su lugar se aceptó la formación de un Comité especial que escucharía a la Agencia Judía y a la Comisión Superior Árabe para Palestina. Esta, como era de esperar, se abstuvo de prestar su concurso porque—según puntualizó—«los derechos de los palestinos árabes a su territorio eran tan evidentes que no podían seguir sujetos a investigación y merecían se les reconociera sin más, de acuerdo con los principios de la Carta de las Naciones Unidas». No voy a entrar en detalles de los planes de partición presentados en la O. N. U. que pueden leerse en cualquier libro y en mi serie de artículos citada⁷, ni de las voces que se escucharon en dicho organismo, muy autorizadas, en contra de dichas particiones. La que se aprobó en noviembre de 1947 dictaminó la repartición del territorio del siguiente modo:

El 57 por 100 asignado al estado judío.

El 42 por 100 al árabe.

El 2 por 100 para la zona de Jerusalén, que se proponía fuera internacional.

⁶ Sami HADAWI: *Bitter Harverts, Palestina, 1914-67*, The New World Press., Nueva York, 1967.

⁷ F. FRADE: *Oriente Medio. La guerra indefinida*. IV. Génesis y desarrollo del estallido en 1948, "Revista Ejército", núm. 347, Madrid, diciembre de 1968.

Se determinaba también que los árabes residentes en la zona asignada a Israel y quisieran seguir permaneciendo en la misma gozarían de todos los derechos fundamentales humanos y de sus libertades básicas, bajo la garantía de las Naciones Unidas. Los estados entrarían en funciones después de la retirada británica, fijada para el 15 de mayo de 1948, y ya aquí empezó la primera violación de Israel a las resoluciones de los organismos internacionales, pues en lugar de dejar que el Gobierno mandatario inglés entregara el poder de la omisión de las Naciones Unidas y ésta lo entregará a los respectivos Gobiernos de un modo progresivo, el día anterior al de la retirada, Ben Gurión proclamó el Estado de Israel e incluyó en sus límites una cantidad de terreno mayor de la que le había sido asignada. Claro que de éste ya se habían apoderado durante su «guerra de independencia». Este pomposo nombre era simple terrorismo para un espectador objetivo, pues no eran palestinos los que se independizaban, sino palestinos a los que se expulsaba de sus tierras y casas con lo puesto, como lo atestiguan entre otros O'Ballance y Glubb Pacha en sus libros ⁸.

Ante este acto provocativo y este despojo, los Estados árabes no tuvieron más remedio que intervenir. Tampoco voy a dar ni siquiera una síntesis de la campaña, que los lectores que deseen conocerla pueden ver en mi artículo acabado de citar y que terminó con tan poco éxito para las armas árabes, tras el alto el fuego proclamado por la O. N. U. y aceptado el 11 de junio por ambos beligerantes. Se creó una Comisión de paz presidida por el conde Bernadotte, la cual presentó un plan en el que se proponía que las regiones de Neguev, Judea, Samaria, Galilea y la ciudad de Jerusalén pasaran a Transjordania, regida entonces por el rey Abdul-lah. No hubo lugar para que el rey se enemistara con dirigentes de naciones hermanas por este reparto, porque los israelitas, con objeto de sentar claras sus pretensiones a las mismas, violaron el alto el fuego, después de haber aprovechado la tregua para armarse en naciones europeas, principalmente en Checoslovaquia, con dinero aportado por judíos de todo el mundo, en particular americanos. El que quiera enterarse de esto puede leer el libro de Jon y David Kimche ⁹, citado a su vez por Sami Hadawi en el suyo, *Bitter Harvest*, al que antes me he referido. A primeros de julio los israelitas iniciaron su contraofensiva, apoderándose

⁸ Edgar O'BALLANCE: *The Arabe Israeli war*, Praeger, Nueva York, 1957; Sir John B. GLUBB: *A soldier with the Arabs*, Hodder and Sloughton, London, 1957.

⁹ Jon and David KIMCHE: *Both sides on the hill*, Secker S. Warburg, London, 1960.

rápido de Lidda, Ramleh y Nazaret, y un poco más adelante, en octubre, de la bolsa de Faluya—citada por Nasser en su *Filosofía de la Revolución* y en la que él y sus amigos oficiales se encontraban sitiados por las fuerzas judías—, Gaza, Bersheeba y Eilat, asignadas por la O. N. U. al Estado palestino. El 24 de febrero de 1949 se firmó el armisticio entre Israel y la R. A. U., habiendo ocurrido poco antes el asesinato del conde Bernadotte. En los meses siguientes lo firmaron Líbano, Siria y Jordania, no firmando ninguna clase de acuerdo Arabia Saudita, Irak y Yemen.

En el llamamiento del Consejo de Seguridad se especificaban líneas de demarcación que las Fuerzas Armadas de ninguna de las dos partes no debían traspasar. Los israelitas quisieron convertir este armisticio en un tratado de paz, poniendo a los árabes frente al hecho consumado. Para los árabes era sólo una medida provisional y no terminaba con el estado de guerra. En estos puntos de vista tan simples está expresada de un modo claro la irreductibilidad que separa a ambas partes y que hace casi imposible la solución del conflicto.

En el armisticio se estableció la creación de cuatro zonas desmilitarizadas; una en la frontera de Siria, dos en la ciudad de Jerusalén y alrededores y otra en la frontera egipcia en el sector de Al Auyaa. También se establecieron dos espacios «tierra de nadie», una en el sector de Latrum, en la carretera de Jerusalén a Jaffa, y otra separando los dos sectores de la ciudad de Jerusalén. Estas separaciones no eran fronteras, pero los israelitas no lo entendieron así y las violaron para crear oportunidades con vistas a un ensanchamiento de su territorio como lo demostraron las campañas de 1956 y 1967.

Después de 50 generaciones árabes establecidas en el país, éstos veían, poco a poco, escapárseles el territorio de las manos y «ni las naciones aliadas en la Primera Guerra Mundial, ni la Sociedad de Naciones, ni el mandato británico, ni las Naciones Unidas—como dice Rondot¹⁰—tenían títulos para disponer de Palestina. El conjunto de la población del país nunca fue consultada para decidir su suerte, ni cuando la promesa Balfour, ni para instituir el mandato británico, ni para establecer la partición ni para proclamar el Estado de Israel», y por eso dicen los árabes que en el momento en que sus países se liberaran del yugo otomano primero y después de los dominios imperialistas, estos últimos han tratado de perpetuarse en una parte del suelo árabe, bajo la forma de sionismo y después del Estado de Israel, «fenómenos coloniales» tardíos que van a contrapelo de la revolución histórica».

¹⁰ P. RONDOT: *Le conflit de Palestine*, "Revue Militaire Générale", núm. 10, Berger Levrault, París, diciembre 1968.

Las fronteras conseguidas por los israelitas en 1949 quedaron prácticamente sin variación hasta después del desgraciado final para los árabes de la guerra de los Seis Días en 1967 y los estados árabes más destacados, especialmente la R. A. U., siempre obstaculizados por los americanos, ingleses y franceses, para adquirir armamento y asistencia técnico-militar en sus países e incluso asistencia de otro tipo, como es el caso famoso de la presa de Asuán, se han inclinado mayoritariamente hacia la U. R. S. S., aunque, en el fondo, no sientan real simpatía por su sistema político. Yo creo, por la experiencia en el trato que tengo con árabes, que ni siquiera algunos que parecen dirigentes socialistas exaltados. Su socialismo, del que ya he hablado en las páginas de esta REVISTA ¹¹, está dirigido a eliminar tensiones internas entre clases que tenían muy distinta participación en el disfrute de las riquezas y porque creen que con ese socialismo desarrollarán sus países de un modo más rápido. Claro que la realidad no suele coincidir frecuentemente con sus propósitos, pero ésta es otra cuestión.

Para los israelitas el acontecer político que les ha llevado a su culminación como Estado tiene raíces religiosas y raciales—éstas procedentes de una individualidad semítica excluyente de las demás de su mismo origen—y a esa culminación se ligan los judíos de todo el mundo, aunque sin vivir en él. Son americanos, ingleses, argentinos, polacos, muchos influyentes en sus países de nacimiento, pero al que se sienten menos ligados que a Israel, salvo en la cuestión de obtener potencia económica. Para los palestinos, el problema es de esencia nacional, dentro del conjunto de la patria árabe común. No tiene raíz religiosa, puesto que entre los expulsados se encuentran cristianos y musulmanes y hasta el establecimiento, *a fortiori*, del estado de características racistas, hubo gran armonía entre los pertenecientes a las distintas religiones, con gran tolerancia hacia la minoría judía. Desde luego mucha más que en muchas naciones europeas.

El procedimiento que los árabes intensificaron ante el fracaso en 1948 fue la asfixia del cuerpo extraño, poniendo en la lista negra a las empresas comerciales que tenían relaciones con Israel y no permitiendo el paso a la navegación israelí por el canal de Suez y el golfo de Akaba. Esta acción culminó en la nacionalización del canal en mayo de 1956 que dio lugar a la acción combinada franco-inglesa, conocida con el nombre de *Operación Musketeer*, al

¹¹ Fernando FRADE: *La vía socialista del Islam*, en el núm. 84 de esta REVISTA, Madrid, marzo-abril 1966.

amparo de la cual lanzaron los israelitas la suya, llamada *Kadesh*, contra el Sinaí, que tanto renombre dio al general Moshe Dayan.

Los israelitas alegaron, como justificación de su operación, las acciones de los comandos palestinos, apoyados por la R. A. U. y Siria, desde la franja de Gaza y la frontera jordana, principalmente. Esto sirvió para distraer la atención de los egipcios, que bastante distraída estaba ante la amenaza seriamente expresada por Francia e Inglaterra, confirmada por preparativos. Sin embargo, muchos escritores occidentales, entre ellos el citado Rondot, consideran a esta guerra como una acción preventiva.

Los árabes no podían hacer otra cosa que exaltar ante el mundo la precaria situación de los refugiados palestinos, en naciones pobres y poco desarrolladas y que no tenían por qué perder su patria por las buenas para integrarse en las naciones árabes vecinas, como clamaban sus enemigos.

La realidad del motivo israelí fue la seguridad. Primero sacudirse la asfixia y si era posible ensanchar su territorio con los siguientes fines: Disponer de más espacio que impidiera a sus enemigos la estrangulación del territorio, tener fronteras más defendibles y disponer de mayor cantidad de terreno que regenerar o colonizar con nuevos inmigrantes, tras la expulsión de las zonas ocupadas por palestinos árabes.

La campaña fue rápida y el Sinaí fue ocupado en pocos días, pero a las grandes potencias no les interesaba la vuelta de Francia e Inglaterra a la zona del canal y cortaron en flor su operación, con lo cual Nasser mantuvo el canal y vio acrecentado su prestigio, a costa de «las potencias imperialistas». La acción soviética obligó a la retirada de Israel, pero algo sacó de su acción de fuerza, como fue la libertad de navegación por el golfo de Akaba. Lo que no consiguió esta victoria israelita fue el cese de las operaciones de los comandos palestinianos, muy al contrario, éstos vieron claro que la tarea de liberar su país era una cosa suya, independientemente del apoyo que les prestaran todas las naciones hermanas. Algunas de éstas estaban enfrentadas entre sí por cuestión ideológica y lógicamente por cuestión de influencia. Es el tiempo del conflicto del Yemen que, tras el derrocamiento del anacrónico imamato *saidi*—la *saidia* es una subsecta de la *chiaa*, que el que desee conocer puede ver en mi libro *Sectas y movimientos de reforma en el Islam*¹²—, trajo un régimen socialista al país apoyado por la R. A. U., la cual mantuvo en el mismo un

¹² Fernando FRADE: *Sectas y movimientos de reforma en el Islam*, Editorial Casado, Tetuán, 1952.

cuerpo expedicionario de 50.000 hombres, muy necesarios para la lucha contra el enemigo común. Es la época de los ataques verbales de las capitales socialistas a las monarquías árabes, principalmente la Hachemía y la Saudía, a través de los medios de información, con las obligadas reacciones de las últimas y la ayuda de Arabia Saudita al Imam Badr.

Los palestinos, aunque habían creado en 1954 la célebre organización llamada *Al Fatah* (*Harakat al tahrir al falastin*, leyendo las iniciales de derecha a izquierda, como se hace en árabe, y que quiere decir Movimiento de Liberación Palestino), y en 1959 el brazo militar de esta organización llamada *Al Asifah* (la tempestad), encargada de la instrucción y operaciones de los comandos que operan en el interior de Israel, hasta la conferencia cumbre de jefes de Estado Arabes de 1964 no empezaron una acción capaz de molestar seriamente a los israelíes. Aquellos se comprometieron a apoyarles y reconocieron se les debía permitir organizar y planear su propia estrategia en la liberación de su patria. Después han surgido nuevas organizaciones que hicieran menos coherente y fuerte esa acción y además encontraron en un principio la oposición de los Gobiernos de Líbano y Jordania, por temor a su estabilidad y a atraer la furia israelí, pero la actuación agresiva de éstos con represalias inadecuadas ha conseguido que todos los Gobiernos estén hoy al lado de estas organizaciones y las apoyen. Ya lo dijo el rey Hussein, al declarar que él mismo era un *fidai* (pl. *fidaiin*, los que se sacrifican).

El objetivo de *Al Fatah* es crear una potencia revolucionaria y liberadora de su patria, capaz de hacer frente al desafío de los sionistas en el dominio que sea. Intenta apartarse de todas las ideologías que se disputan el mundo árabe y querría obtener la unificación de los diferentes movimientos de resistencia ¹³.

Esta tendencia a la unión de las organizaciones guerrilleras con el apoyo de todos los países árabes y la intensificación de sus acciones se vio reforzada por el resultado de la famosa *guerra de los seis días* a la que seguidamente voy a referirme.

Por simple razonamiento y conocimiento de lo que son los países árabes y su situación socio-política-económica—particular de cada nación y en conjunto—, así como del nivel de instrucción que sus Fuerzas Armadas alcanzaban

¹³ Leonora STRADAL: *Entrevista con los comandos Al Fatah* (capítulo del libro *El conflicto árabe-israelí*, editado por "Les Temps Modernes", trad. española, EDIMA, Barcelona, 1968).

antes de dicha guerra, llego a la conclusión de que el verdadero motivo del desencadenamiento de la campaña llamada *guerra de los seis días*—que lo mismo se podía haber llamado guerra de las tres horas, pues es el tiempo que tardó en ser destruida la aviación egipcia—fue el deseo dicho de Israel de aumentar su territorio y llegar a unas fronteras más seguras. Esto sólo lo podía obtener arrebatándolo a sus contrarios, y cuanto antes lo hiciera mejor, pues aparte de las acciones de los comandos, cada vez más peligrosas—comenzaban a ser instruidos en las técnicas de la guerra especial¹⁴ y a disponer de mejor armamento—, estaba el incremento de la ayuda militar rusa a Siria, Irak y sobre todo la R. A. U., en modernas armas y en adiestramiento por instructores de dicha gran potencia, tan interesada en el control de la zona. Las primeras obligaban a Israel a una vigilancia más intensa y por tanto a distraer en funciones de defensa una parte cada vez más importante de su población, aparte la angustia e incertidumbre en que hacían vivir a todos los *kibutzim* fronterizos. Estos se veían también sometidos a la acción artillera árabe, principalmente en su frontera con Siria, que era la que más apoyaba a los guerrilleros. Así desde los primeros meses de 1967, los habitantes de los *kibutzim* de Guer, Tel, Kaasir y Haon, situados todos en la zona desmilitarizada de la orilla Este del lago Genezaret y a la que, por tanto, no tenían ningún derecho los israelitas, recibieron disparos desde la frontera siria mientras trabajaban con sus tractores. Los israelitas usaron entonces, en los días sucesivos, tractores blindados para sus trabajos y los sirios los obstaculizaron con artillería. En este momento los israelitas se decidieron a emplear fuerzas regulares de infantería, carros y artillería en una acción de castigo contra las fuerzas sirias que guarnecían el frente. La O. N. U., ese mismo día—7 de abril—intentó negociar la suspensión de las hostilidades, pero no hubo lugar a ello porque los israelitas, escalando la acción, enviaron sus «Mirages» y «Mysteres» en misión de bombardeo, contra los cuales los sirios no tuvieron más remedio que mandar sus «Mig-21». Los combates acabaron con grandes pérdidas para los judíos, según los sirios y con la de seis aparatos de éstos, según sus contrarios. Sin embargo, estas acciones hostiles por parte de Siria no eran lo más importante en lo que se refiere a la atención que esta nación despertaba cerca del Gobierno israelí. Lo más importante era su inestable situación interior detec-

¹⁴ El que tenga interés por conocer esta clase de guerra y sus diversos aspectos puede consultar los siguientes libros: A. CASINELLO: *Guerrilla y contra guerrilla*, y F. FRADE: *La guerra psicológica*, editados ambos por Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1967.

tada por el servicio de información israelí, al que los árabes temen en alto grado, de un modo perfecto. Son los tiempos del famoso espía israelita, Elías Ben Cohen, amigo personal de destacados elementos del Gobierno sirio de entonces, los cuales no habían averiguado su condición racial. Muchos meses después de terminada la guerra de los Seis Días, los sirios revelarán que se preparaba un «complot» para derribar al Gobierno, a cargo de un general que fue detenido, después de haberlo sido Cohen y ahorcado, y esto impidió que la mejor unidad de su ejército interviniera en la citada guerra, así como muchos jefes y oficiales, sustituidos por otros casi improvisados. No es extraño que en estas condiciones los israelitas pensaran en emprender una operación contra Siria, que podía ser de simple castigo o, si las cosas se iniciaban con buen signo, en algo más importante. Sólo faltaba el pretexto, y ése se lo iba a dar Nasser. Quizá sin ese pretexto hubieran emprendido la acción, y así parece que el servicio de información soviético lo hizo saber a los egipcios¹⁵, dando con ello lugar a que Nasser hiciera lo único que podía hacer para detener la acción israelí proyectada: una finta amenazadora en el Sinaí, mandando retirar las tropas de la O. N. U. y haciendo avanzar sus potentes unidades a banderas desplegadas por las calles de El Cairo camino del desierto, al tiempo que decretaba el bloqueo del estrecho de Tirán. Cómo pasaron las cosas hasta que los israelitas dieron su orden de ataque no se sabe, sólo lo que han querido decir unos y otros—más los israelitas que los árabes—. Ahora bien, ¿por qué no se adelantó Nasser en el ataque una vez que tomó aquella determinación que los israelitas aprovecharon para presentarlo como fanfarrón ante el mundo? ¿Para no pasar como agresor y hacer que lo fueran los israelitas y luego aplastarlos como se había divulgado en la propaganda psicológica dirigida a los árabes? ¿Fue disuadido por Kosyguin y Johnson, como se ha dicho, sin que los israelitas hicieran caso a esas mismas sugerencias que quizá se le harían? No estoy muy seguro, mejor dicho, no lo estoy en absoluto de lo que Aba Ebban y Johnson trataron durante el periplo del primero cerca de los tres grandes occidentales—Francia, Inglaterra y Estados Unidos—en los diez últimos días de mayo. Lo que sí se desprende claro en los libros que se han escrito y yo he leído¹⁶ es que algo se habla-

¹⁵ General BEAUFRE: *La guerra de los Seis Días*, "Revue de Défense National" (traducción española "Revista Ejército", núm. 338, Madrid, marzo 1968).

¹⁶ Julien BESANÇON: *Bazak. La guerre d'Israel*. Editions du Seuil, París, 1967; Ernst TROST: *David y Goliat (Versión española Plaza Janés, Barcelona, 1967)*.

ría de la necesidad de romper el bloqueo árabe y la posibilidad de un ataque israelí con tal fin, porque la respuesta del general De Gaulle fue categórica. Dijo que comprendía las razones de Israel respecto a sus derechos de navegación y que continuaría su ayuda en el suministro de material de guerra—como hizo enviando gran cantidad del mismo, entre él que sobresale 20 «Mirages», y gran cantidad de piezas de recambio en las mismas vísperas del ataque, el 5 de junio—; pero advirtió seriamente a Aza Eban, que, si Israel iniciaba el conflicto, en cuanto se produjera el primer disparo, decretaría el embargo y, además, el hecho tendría serias consecuencias en las relaciones de Francia con Israel. Terminó su entrevista diciendo el general que intentaría solucionar el asunto por medio de una conferencia cuatripartita—*lei-motiv* del general, recuerdo de la frustración de Yalta y motor de su política de *grandeur*—en la que todavía insiste, en este mismo momento que estamos y quizá consiga. Sus últimas palabras fueron para repetirle que no se lanzaran al ataque, que él conocía bien la realidad. ¿Qué quiso decir con esto que no nos aclara Besançon? ¿Se refería a la posible inutilidad de una victoria israelí por el odio incrementado que adquiriría en todo el mundo árabe con menos esperanzas para una supervivencia pacífica? ¿Se refería a que, en cualquier caso, los países árabes podían caer en la órbita soviética de un modo más decidido y adquirir esta potencia un predominio en la zona y en el Mediterráneo oriental, de graves consecuencias para los mismos israelitas? ¿O veía otro Vietnam después de ganada esa guerra a punto de estallar?

El nombramiento de Dayan como ministro de Defensa fue el síntoma de que el ataque estaba listo para desencadenarse. El 5 de junio, la aviación israelí, con una precisión impresionante, se lanzó, entre las siete y siete y diez de la mañana, a un devastador ataque contra todos los aeródromos árabes, de sus países vecinos, destruyendo a la mayor parte de sus aviones en tierra, así como sus instalaciones. El ataque ha durado hasta las diez de la mañana y podemos decir que la guerra ya ha terminado. Poca resistencia podrían encontrar las fuerzas acorazadas israelíes en su progresión al Canal de Suez y a Charm el Cheij, disponiendo de una cobertura aérea sin restricciones. La ocupación se completa en seis días y se extiende al Sinaí, Franja de Gaza, Cisjordania y zona siria de las alturas de Golán. Mucho se ha hablado de esta guerra y la propaganda israelí, al amparo de ella fue impresionante. Muchas cuestiones han surgido en los técnicos militares que la han comentado, de las que la más importante es: ¿Cómo se dejó sorprender la aviación egipcia, destruida sin tiempo

a reaccionar? ¹⁷. Se ha hablado por parte israelí de un conocimiento perfecto de las costumbres de los pilotos egipcios a esas horas de la mañana, en que, tras misiones de vigilancia y de reacción aérea, premeditadamente provocadas por los israelitas durante mucho tiempo, se iban a desayunar. Respecto a la burla del radar de vigilancia, se dice ocurrió por volar los israelíes en vuelo bajo y venir del Oeste, entrando en espacio egipcio por lugar contrario al que se esperaba. Los árabes han hablado, primero, de convivencia de Estados Unidos e Inglaterra con los israelíes, enviando aviones propios. Hablaron también de la interferencia desde el «Liberty», que navegaba cerca de las costas del Sinaí. Ultimamente hablaron de traición de altos jefes. Todo rumores, no hay declaraciones categóricas ni estudios serios con informaciones fidedignas. El resultado para los árabes, una inmensa pérdida de hombres y materiales en aquella desgraciada acción y una pérdida de territorios importantes, particularmente para Jordania, que fue la pagana del espectacular abrazo entre Nasser y Hussein el 30 de mayo. Sin embargo, algo importante ganó Hussein: No perder su trono. Aún hay muchos que le reprochan no haber armado a los palestinos y contenerles en sus acciones, pero hay muchos de sus compatriotas árabes que hoy lo admiran. Se ha insertado en la comunidad árabe mucho más de lo que estaba, a costa de haber perdido las mejores partes de su reino, 10.000 muertos y casi todo el material de su ejército, que no han sustituido las potencias occidentales que le han sostenido, como han sustituido los rusos el de Egipto y Siria. Porque eso se ha visto tras la guerra: la inutilidad de ésta para conseguir la paz. Nasser no cayó y su potencial no se vio roto. Su pueblo le ha dado su confianza y las acciones de los guerrilleros palestinos se han intensificado a un grado superior al que alcanzaban antes de dicha campaña. Israel se ha ensanchado grandemente, pero tiene más árabes en el interior de su territorio y no tiene tantos inmigrantes dispuestos a ir a su *Tierra Prometida*. Por su parte, Francia ha cumplido su promesa de bloquear las entregas de material de guerra, incluso el comprado y pagado, recogiendo agradecimiento infinito por parte de los países árabes y ha obligado a Estados Unidos a actuar de un modo más abierto en ayuda de sus protegidos israelíes, prometiéndoles el sustituto de los «Mirages». En resumen, que la situación es tensa e incierta para Israel, que, a poco más de un año de su gran victoria, se ve obligada a pensar en otra guerra para librarse de una situación angustiosa.

¹⁷ General BEAUFRE, art. cit.

En la resolución aprobada en el Consejo de Seguridad en noviembre de 1967, dirigida a tratar de dar una solución al conflicto trayendo la ansiada paz a esa región, se exhortaba a Israel a que abandonara los territorios conquistados, así como al cese de actos y manifestaciones de beligerancia, esto a ambos contendientes. Se instaba a todos los Estados de la zona a reconocer la independencia y soberanía de cada uno de ellos, estableciendo fronteras seguras y reconocidas. El arreglo pacífico a que se debía llegar, debía comportar también la libertad de navegación por aguas internacionales—refiriéndose al Canal de Suez y Estrecho de Tirán—y la solución definitiva y justa del problema de los refugiados de Palestina. Por último, se debía garantizar la seguridad de cada Estado, creando zonas desmilitarizadas.

Esta resolución, que, en realidad, a lo que tiende es asegurar la supervivencia del Estado de Israel, dando a los árabes la satisfacción de la devolución de los territorios arrebatados por la fuerza y el arreglo de la cuestión de los refugiados, fue base del plan de paz ruso y a ella se adhirieron Líbano, Jordania y la R. A. U. No ha sido aceptado por Siria ni Irak—entre los que tienen fuerzas en las fronteras de Israel—ni por éste, a pesar de lo que le favorece por las garantías que ofrece al Estado en las fronteras y en uso de las vías de navegación, causa aparente de la guerra. No ha aceptado tampoco el plan francés, propugnador de una conferencia cuatripartita, exactamente igual que antes de la guerra, ni aceptará nada que suponga lo que él considera un debilitamiento del Estado. Sólo tras un tratado de paz negociado con sus vecinos, es decir, y hablando claro, una imposición de sus puntos de vista, estaría dispuesta a ceder algo... a cambio de ventajas decisivas. Así sigue en su política agresiva que ha mantenido desde su fundación, hasta que se presenten oportunidades para ocupar todo el conjunto de lo que ellos consideran como la *Tierra Prometida*, y por boca del general Dayan se niega rotundamente a evacuar los territorios ocupados en la guerra de los Seis Días.

Hay que reconocer, de un modo objetivo, que las declaraciones del general Dayan obedecen a instancias de seguridad. La vuelta a los territorios de antes de dicha guerra no les da garantía de que no seguirán siendo hostigados por los palestinos y el resto de los árabes. Ahora, que no les dé seguridad, no quiere decir que sea justo. Tampoco querrán tener mucha población palestina-árabe en el interior de sus fronteras para que hagan de caballo de Troya y afirmarán su posesión de tierras y casas pertenecientes a los expulsados o huidos. Es decir,

que seguirán viviendo sobre un despojo sangrante, lo cual no es justo, aunque resulte lógico desde su punto de vista. Es lógica y además justa la postura siria e irakí, que no reconocen a un Estado impuesto por la fuerza de potencias exteriores y no se avienen a otra cosa que no sea su desaparición. En una Palestina árabe, podrían vivir los judíos sin discriminaciones ni percusiones; pero en un Israel, imponiendo la unilateralidad de su ley racista, se ha demostrado no pueden vivir los árabes, únicos dueños de la tierra desde hace siglos. Puede que la postura egipcia de transigencia esté dictada por razones de táctica política, bien para demostrar la intransigencia discriminatoria israelí, sabiendo que se va a oponer a cualquier solución que entrañe cesiones importantes, como se ha visto en las declaraciones que hizo en Norteamérica el general Dayan, o bien porque comprenda que en plazo breve es imposible eliminar al Estado sionista, faltos como están de preparación para llevar a cabo una guerra victoriosa. Esto puede ser consejo de Francia y de la U. R. S. S., y yo creo que no les falta razón. A los países árabes les conviene la paz. La paz que permita la rápida elevación de sus pueblos y, además, de conseguirles una vida mejor que les fortalezca. Esto es lo que no le interesa a Israel. Por lo que se refiere a las grandes potencias citadas, si llegara a estallar una guerra e Israel se ensanchara, de nuevo la U. R. S. S. se vería obligada a intervenir de un modo más decisivo que lo hizo en ocasiones anteriores, so pena de perder totalmente su prestigio ante los pueblos árabes, y esto entrañaría graves peligros para la humanidad, pues Norteamérica no andaría remisa en ayudar a su protegido, si veía las cosas mal para él. Todos los presidentes norteamericanos han sido bien claros en sus afirmaciones de garantizar a Israel, y en esto tampoco han sido contradichos por los rusos.

Un Israel, limitado para siempre dentro de unas fronteras admitidas por los países árabes, sería la paz; pero, ¿qué fronteras admitirán los países árabes, si es que de corazón admiten alguna? Sería, si la aceptaran obligados por la fuerza de las circunstancias, una solución provisional que desaparecería en cuanto se rompiera el equilibrio que, tal como están los ánimos, no podría nunca ser estable. Además, que la política seguida por los israelitas hasta este mismo momento no ha sido la más a propósito para hacerse aceptar de algún modo por sus vecinos árabes. Sólo los de los partidos izquierdistas han tendido con sus declaraciones a una política de aproximación, camino también seguido por Burguiba desde el otro extremo, siendo curioso que la aproximación no sea entre partidos afines, sino todo lo contrario. Burguiba es el más occiden-

talista de los Jefes árabes, y los judíos, que proponen la aproximación árabe-israelí, son los pertenecientes a partidos marxistas. En seguida veremos algunas de estas declaraciones y proposiciones. Los Jefes israelíes en el poder, tanto políticos como militares, siempre han demostrado en sus declaraciones y hechos no estar dispuestos a dar satisfacción a la más mínima reivindicación árabe y ser partidarios de emprender la vía violenta. Después de la *guerra de los Seis Días*, tras lo cual lo único que han hecho es quedarse con nuevos y productivos territorios, pero no disminuir la acción guerrillera, sino todo lo contrario como se vio en Karameh, se han sentido inclinados a usar de las represalias de castigo, más duras que la acción a la que respondían y, sobre todo, desproporcionadas. Así, la destrucción de las refinerías de Suez, como respuesta al hundimiento de la lancha torpedera «Eilat» y, sobre todo, la destrucción de aviones civiles en el aeropuerto de Beirut, en represalia por el secuestro del aparato israelí de la compañía «El Al», en Atenas, han tenido como virtud exaltar emocionalmente a todo el mundo árabe y que las naciones más remisas en la ayuda a los guerrilleros, como Líbano y Jordania, les apoyen ahora arrastrados por la presión de sus poblaciones. Además, les han llevado una buena parte de opinión occidental neutra o proisraelí en contra suya. Puede que esa acción fuera una sutileza obligada por la tensión angustiosa en que viven, al comprobar la inutilidad de las guerras victoriosas, para afirmarse como Estado en una relativa paz y tratar de crear un estado de opinión internacional que obligue a los árabes a llegar a una negociación. No será la directa que ellos pretenden. La única a la vista en el momento de entregar este trabajo a la imprenta es la propuesta por Francia, a la que ya han dado su conformidad los Gobiernos ruso e inglés y también Nixon, más flexible en política que su antecesor.

Otra solución que he oído sería la de unir a judíos y árabes en un Estado único, de un modo análogo a como hoy están unidos, cristianos de sus diversas ramas—maronitas, griegos, ortodoxos y armenios ortodoxos—y musulmanes—sunnies—, chiíes y drusos. Yo creo que, dentro de las estructuras mentales de tipo pasional existentes hoy día, esta proposición pertenece al mundo de la utopía. Más fácil debía ser unir a palestinos y jordanos en un Estado único, y aun a éstos con sirios e irakíes, constituyendo el famoso país de la Media Luna Fértil y a todos con los egipcios formando una verdadera República Árabe Unida, y, sin embargo, al primer intento terminó en fracaso. Claro que podrá decirse que en la evitación de este empeño entra el juego de los intereses imperialistas extranjeros y que Siria y la R. A. U. no tenían comunicación física di-

recta cuando se unieron. Sin embargo, la tienen Siria e Irak y hasta un partido de ideología afín en el poder, respondiendo al mismo nombre y no se unen. Hay que aceptar razonablemente que la idea no está todavía madura, y que los obstáculos no son sólo externos, sino que también los hay internos.

Respecto a las declaraciones de tipo coexistente por parte de judíos pertenecientes a partidos de tipo marxista, a las que me acabo de referir, citaré las de un par de personajes que aparecen con sendos trabajos en el libro citado: *El conflicto árabe-israelita*.

El primero es el judío-polaco, Moshe Sneh, ex Jefe del Estado Mayor de la Haganah, ex representante de la Agencia judía en Europa y activo organizador de la inmigración ilegal, en tiempos del mandato; miembro del Knesset, durante cinco legislaturas; primero como diputado del M. A. P. A. M. (Partido Obrero unificado, de tendencia marxista), y al escindirse este partido como perteneciente al grupo de izquierdas al que está unido el partido comunista. Actualmente es miembro de la oficina política del partido comunista, secretario del Comité Central y redactor jefe del periódico del partido *La Voz del Pueblo*. Después de afirmar los derechos del pueblo judío a constituirse en nación, dice: «A pesar de sus profundas raíces históricas, el Estado de Israel y la mayoría de sus ciudadanos judíos son un elemento nuevo en el Medio Oriente. Es decir, no basta con que el Estado israelita exista legalmente, sino que es necesaria su integración en el contexto árabe y que se imponga en la conciencia y la mentalidad de los países árabes». Esto coincide con mi apreciación expuesta anteriormente y adquirida por un razonamiento independiente. Sigue Suez: «El acercamiento y la mutua comprensión son una necesidad objetiva para el Estado de Israel; mientras esta necesidad no sea una realidad, Israel no podrá realizar su papel natural. Además por su vocación histórica, debe tener un lugar en la gran familia afroasiática que está saliendo de su letargo, en la que las naciones árabes son un grupo preponderante. Debo reconocer, muy a pesar mío, que la política oficial de Israel, en los últimos años, ha olvidado este hecho totalmente». Sigue después una larga exposición de las faltas más graves cometidas por Israel; de las que yo sólo entresacaré algunos párrafos que demuestran la aproximación antedicha: «A) la declarada orientación prooccidental de las autoridades israelitas choca con la tendencia dominante de los países afroasiáticos: no alienación y neutralismo positivo. Esta contradicción alcanzó su punto culminante en la campaña del Sinaí (todavía no había sucedido la de 1967 al escribir su trabajo) en 1956. El Gobierno israelita debería haber apoyado la

nacionalización del Canal de Suez (o, al menos, considerarlo con simpatía): primero por motivos ideológicos, luego porque esta actitud había contribuido a derribar la muralla de sospecha que separa Israel de los países árabes. Así, Israel, en un momento tan difícil para el pueblo egipcio, no habría pactado con sus enemigos aprovechando tan delicada coyuntura. El Gobierno de Ben Gurión hizo todo lo contrario: se asoció al colonialismo franco-británico para atacar a Egipto». Habla después de la negativa sistemática del Gobierno de tratar del problema de los refugiados palestinos, insistiendo que deben instalarse en los países árabes, política que no puede favorecer un acercamiento árabe-israelita y pasa después a criticar la tendencia militarista de sus dirigentes diciendo que una victoria militar decisiva no puede imponer una solución al conflicto como ellos creen (esto se vio plenamente confirmado por el desarrollo del conflicto, con posterioridad a la fulminante victoria en la *guerra de los Seis Días*) «Esto es absurdo—dice—, porque después de un enfrentamiento militar, sea cual sea el resultado, Israel seguirá estando rodeada de países árabes y el problema de la coexistencia será todavía más grave».

En el mismo sentido se expresa Meir Vilner, diputado perteneciente al *Rakka*, partido de tendencia comunista con más diputados que el partido comunista ortodoxo y del que también hay dos diputados comunistas árabes residentes en Palestina. No cito ningún párrafo suyo y paso a exponer las ideas de Uri Avneri, nacido en Alemania y residente en Israel desde los diez años. Perteneció a la Irgun Zwei Leumi y estuvo en Faluya con una unidad de comandos el año 1948 (en este mismo sector estuvo cercado Nasser, siendo comandante). Su idea fundamental es buscar la aproximación, basándose en la afinidad semítica. El título del capítulo que ha escrito en el citado libro es suficientemente expresivo: *Una guerra fratricida entre semitas*, y lo mismo un libro que escribió en 1947, titulado *Guerra y paz en el área semita*. Para exponer sus ideas ha fundado una revista que titula *Haolam Haze* («Este mundo») y también «Movimiento de las Fuerzas Nuevas») y en ellas ha expuesto la necesidad de que los judíos de Israel rompan los lazos que les unen con la Diáspora y se inserten en la comunidad semítica-oriental. Asimismo, propone la creación de una federación semita, en la cual Israel no aparecería como una base del imperialismo y, en consecuencia, reclama que Israel sostenga el movimiento nacionalista árabe. Es decir, que, como los anteriores, pide una integración con todos los pueblos de Oriente Medio.

Ninguna de estas soluciones es factible en el momento actual. La mayoría en ambos campos sostiene criterios completamente opuestos. Los árabes,

EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ, SIN SOLUCIÓN ACEPTABLE

a plazo más o menos largo, la desaparición de Israel, como Estado sustituido por una Palestina árabe, donde ciertamente tendrían cabida los judíos. Los israelitas, de todos los matices, incluso los anteriores, haciendo ver a los árabes que no podrán acabar con el Estado israelita, tan trabajosa y duramente conseguido.

En resumen, que las acciones de los guerrilleros, dentro y fuera de Palestina, las de represión del Gobierno israelí, como las citadas de Karameh, Atenas y Beirut, las situaciones tensas en el interior de gran parte de los países árabes que favorecen la acción judía de división, a través de su propaganda y su servicio de espionaje y las correspondientes contramedidas, algunas en su forma máxima de ejecución pública, como la citada que llevó a cabo el Gobierno sirio, en la persona de Elias Cohen, y la más reciente del Gobierno irakí en varios súbditos suyos, sin distinción de religión y raza, llevan a un clima de situación muy tenso que hace francamente difícil la labor de «quitar la espoleta a Oriente Medio» aconsejada por Nixon. Por ello no es fácil tampoco llegar a una solución armonizadora que sea medianamente aceptable. Las actitudes de ambos contrarios son excluyentes.

FERNANDO FRADE

